

ARACNIDOS

(Escenario que debe permitir distintos aprovechamientos según las necesidades de la acción: elementos de un living de notoria clase alta, un ambiente profesional elegante, con un escritorio de lujo, sillón de cuero, etc.

Aparece Marisa trayendo tras de sí un hilo larguísimo, que desenrolla y distribuye abarcando distintas zonas. Después se envuelve ella misma y queda aparte, como a la expectativa. Entra Martín con un portafolio en la mano. Lo abre y saca de dentro un montón de papeles. Los deposita sobre el escritorio. Los acaricia con unción)

Martín.- (A Marisa) No creas que no te he visto. ¿Hasta cuándo vas a seguir con ese juego bobo de querer envolver todas las cosas? ¿No te das cuenta que el mundo es inenvolvable?

Marisa.- El mundo, no sé. Pero tu mundo no. En los años que llevamos de casados, no te he visto hacer otra cosa que envolver todo a tu alrededor. Y reconozco tu maestría.

Martín.- Envolver todo... menos a ti. Te me escapaste siempre.

Marisa.- Las cosas que de veras te importan no se te escaparon nunca: tu profesión, tu poder, tus influencias...

Martín.- Trampas para atraparte a ti.

Marisa.- ¿A mí?... ¡Nadie puede comprarme! Ni tú.

Martín.- ¿Estás segura?... Estoy acostumbrado a no cejar.

Marisa.- Veremos.

Martín.- Veremos.

(Ha aparecido Andrés. Mira con curiosidad a Marisa envuelta)

Andrés.- ¿Querés que te deshaga el envoltorio? Como matambre no me gustás nada.

Marisa.- Me encantaría que tú, precisamente tú, me liberaras de una vez.

Andrés.- (A Martín, mientras empieza a desatar a Marisa) ¿Insistís en ir a esa reunión? ¿No te convencés que ese asunto lo tenemos perdido? Pero a lo mejor tenés suerte y te salís con la tuya.

Martín.- Suerte no. Lo estudié más a fondo y encontré varios puntos vulnerables por los que pienso atacar.

Andrés.- Pues entonces andá, y date de cabeza contra la pared.

Martín.- Deberías acompañarme.

Andrés.- ¿Yo?...

Martín.- (Estudiándolo un momento) No, tenés razón. Vos no estás para esos troles.

Andrés.- Dar vueltas las cosas es un arte tuyo, no mío.

(Termina de desatar a Marisa. Enseguida los dos se abrazan apasionadamente. Martín los mira con tristeza).

Martín.- No, no quiero acordarme de ese día. Hace de esto... ¿cuántos años? Fue cuando los tres entramos a Facultad. Esa noche ustedes se amaron por primera vez. Ay, Marisa, ¿por qué no lo elegiste a él, cuando era el momento?

Marisa.- Yo lo elegí, sí, claro que lo elegí. Y él a mí también me eligió. ¿Cuántos años?... Pero después, a Andrés se le cruzó esa señorita de papá, y... Como buen Maquiavelo que es, encontró la forma más elegante de desprenderse de mí: echarme en tus brazos.

Andrés.- ¿Qué hubiera sido de ti, al lado mío?

Martín.- Y ahora ¿qué hago yo aquí? Cuánto mejor sería disiparme en el aire.

Marisa.- No te quejes: no hemos sido tan infelices, casados. De alguna manera nos queremos, ¿no creés?

Martín.- Demasiado poco... Yo nunca supe sujetarte.

Marisa.- ¿Sujetarme?... Como si fuera un caballo de carrera...

Martín.- Soñé con otro modo de estar juntos. Algo más de vísceras, ¿me entendés?

Marisa.- No sos hombre de vísceras.

Martín.- ¿Qué nos queda, entonces?

Marisa.- Nada. Es decir todo. ¿Podés imaginarte a ti mismo sin estar yo al lado tuyo? (Pausa vaga)

Martín.- Basta de cháchara. Ya va corriendo la mañana. Andrés: revisá esos papeles. Pero con lupa ¿eh?

(Sale. Andrés se pone a hojear los papeles con visible desinterés. Poco después entra Laurencia, esposa de Andrés. Trae en su mano una tijera grande y unos moldes de papel. Va hasta Andrés y lo besa).

Laurencia.- Hola, mi maridito... (Enfrenta a Marisa; sonrío levemente) Tú aquí... ¿Te extraña esta tijera? No es un arma, ni es para cortar camino. (Extiende los moldes sobre la mesa) Desde jovencita, me hago yo misma todos mis vestidos. Nunca permití que nadie se meta en mis dominios.

Marisa.- Me lo has dicho más de una vez.

Laurencia.- No creo haberlo comentado contigo.

Marisa.- Pero tu elocuencia es contundente; mucho más estando muda que cuando hablás.

Laurencia.- Tal vez porque tenemos una familiaridad de muchos años.

Marisa.- Familiaridad en nuestro caso es una palabra educada.

Laurencia.- (Mirando absorta los moldes) Lo malo es que cuando corto los moldes, no puedo evitar la idea de que me estoy fabricando una especie de mortaja.

Marisa .- ¿Quieres despertar conmiseración en tu marido?

Laurencia.- Mi marido sabe cuál va a ser el momento de mi muerte. Esa es una de las funciones de quien está enamorado: mirar al otro, descifrar lo esencial, callar siempre.

Marisa.- Eso se aprende, supongo.

Laurencia.- Eso es instinto.

Marisa.- Yo no soy mujer de instintos.

Laurencia.- Sos de trazar planes geométricos. Pero la vida corre lejos de la geometría.

Marisa.- En cambio el instinto es burdo. Y la vida delicadamente fina. Se parece a una tela de araña.

Andrés.- (Frenando el diálogo) Me aburren los dardos. Guardá esa tijera en su funda.

Laurencia.- Mejor se la dejo a Marisa. Ella sabrá lo que tiene que hacer.

(Transición. Laurencia sola. Entra un Pastor Protestante, hombre flaco y de ademanes nerviosos).

Pastor.- Me mandó llamar, señora.

Laurencia.- No me encuentro en caja, mi estimado Pastor.

Pastor.- Ya se lo he dicho: para esos desasosiegos, mejor que un Pastor es una hora y media de gimnasia jazz. ¿Qué espera de mí?

Laurencia.- De usted no. De Dios, que habla por su boca.

Pastor.- Muy pocas veces. En general yo hablo en turco y él me escucha en japonés.

Laurencia.- Desde chica me enseñaron que ustedes representan la voluntad del Señor.

Pastor.- ¿La voluntad del Señor? ¿Quién se lo enseñó?

Laurencia.- Un colega suyo de mi colegio. Lo contrario de usted: gordito y confortable.

Pastor.- Un disparate, señora. La religión no admite semejantes comodismos.

Laurencia.- ¿Y entonces a quién recorro para saber qué es lo que El quiere de mí?

Pastor.- Al carnicero de la esquina. O a la televisión que todo lo demuestra. O al portero de su edificio. ¿Qué sabemos dónde se esconde Dios, qué portavoz elige cada vez? ¿Nunca pensó que puede tomar la

forma de una hormiga o de un ave de corral?...

Laurencia.- Estoy harta de mí, de mis actos de cada día. Necesito pasar a ser otra.

Pastor.- No crea en los saltos mortales. No sueñe con quimeras. Suelen terminar en traumatología.

Laurencia.- Usted, por ejemplo: ¿ha pensado alguna vez en dejar su estado religioso?

Pastor.- Alguna vez no; todos los días. Pero no me hago ilusiones. Cualquier cosa, menos lo imprevisible.

Laurencia.- Su Dios lo debe estar aplaudiendo allá arriba.

Pastor.- Tiene otras cosas más importantes que hacer. El mundo que a El se le ocurrió, se ha puesto demasiado peligroso. No puede descuidarlo en medio de la sedición en que estamos.

Laurencia.- Me pregunto qué hacer si todo se derrumba.

Pastor.- Mi mejor consejo sacerdotal: mucha gimnasia jazz.

Laurencia.- Le agradezco su bondad.

(Cambio de escena. Marisa y Andrés en plena unión sexual. Ella está encaramada sobre él. Cesan los movimientos. Vuelve la calma)

Marisa.- Justo hoy, festejando tu último examen, cuando acabás de recibirte... Ah, te leo muy claro: venís decidido a terminar esto.

Andrés.- Mi cuerpo es sordomudo.

Marisa.- Cierto: no oye, no habla. Tampoco ve. Pobre de mí.

Andrés.- Yo no te sirvo, Marisa. Conmigo te vas al tacho. Soy un tipo inerte.

Marisa.- ¿Inerte?... No en la cama, bien seguro. En lo demás...

Andrés.- ¿Un estudiante sin ningún brillo, querés decir?... Yo quiero salvarte, Marisa. De mi medianía, de mi pasividad. Tú necesitás al lado un triunfador nato.

(Golpea las manos, como llamando. Entra Martín y queda de pie, como en cierta exhibición).

Andrés.- Estudialo zona por zona, pieza por pieza, como si fuera un perro de raza. (Lo va mostrando) La mirada: fuerte como la de un hipnotizador. La boca: siempre entreabierta, dispuesta a devorar lo que le sirva. La mandíbula: recta, autoritaria. El tronco: afirmado con alma y vida en el suelo que pisa. Los brazos abarcadores, las manos prensiles. La risa reseca, del que no da ventaja alguna. Convencete, Marisa: es un típico amo, un espléndido déspota... sólo débil frente a ti.

Marisa.- ¿Por qué has tramado esta comedia? Se parece a una tela de

araña. ¿Para poder casarte tú con esa tal Laurencia, que ha aparecido en tu horizonte?

(Andrés se pone de pie, acerca a Martín y a Marisa, hace que se tomen de la mano. Se pone ceremonial, pero con un dejo leve de ironía)

Andrés.- Os declaro marido y mujer. Les doy mis mayores bendiciones. Pueden besarse ante Dios. Hace de esto doce años.

(Martín y Marisa se dan un beso puramente formal. Luego Marisa sale, claramente disgustada).

(Cambio de escena. Andrés y Martín)

Andrés.- Hay que felicitarte, pues. Este asunto estaba más que perdido. Tú lo diste vuelta como un prestigitador.

Martín.- La cosa es muy simple: siempre se puede inventar un resquicio... rascar una voluntad, acariciar una egolatría...

Andrés.- Yo no tengo tu sabiduría. La victoria es únicamente tuya.

Martín.- No creas: en nuestro Estudio Jurídico, vos aportás la negatividad, el derrotismo. Que también son parte de cualquier victoria, no te equivoques. (Pausa)

Andrés.- ¿Y ahora qué va a pasar? Ya estoy escuchando a los diarios y semanarios que vos bien sabés: "Una vez más, el estudio jurídico de Fulano y Fulano sirvió los intereses de empresas extranjeras en perjuicio del país".

Martín.- ¿Te aflige?

Andrés.- Mi olfato no me tranquiliza para nada.

Martín.- El mío me dice que volaremos cada vez más alto.

Andrés.- Las alturas me marean. (Sale con paso inseguro)

Martín.- (Para sí, mientras lo mira alejarse) ¡Grandísimo tonto!... ¿Para qué me servís?

(Aparece el Pastor, pero ahora con el atuendo de un Cura católico. Va hasta la mesa y abre el maletín que traía consigo. Saca de dentro algunos implementos religiosos y un ave de corral muerta. Los distribuye sobre la mesa, como si formara un pequeño altar. Se arrodilla frente a él, y queda un momento en actitud de orar).

Cura.- Señor, he aprendido que tú no eres el que eres. Te veo como el espejo de los que aquí miramos: es decir, podredumbre pura. Yo ya no sé cómo protegerte. Yo también estoy contaminado.

Martín.- (Agrío) ¿Me hace el favor, mi estimado Cura, de terminar con semejante payasada?... ¿Insiste en demostrarme que mis victorias se deben a su Jefe, el que anda caminando por allá, por la azotea? Se equivoca, mi amiguito: mis victorias las he forjado yo mismo, con esta mente que aquí me ve.

Cura.- No lo dudo, señor. (Sumiso) Pero usted es usted: un emperador. Yo soy en todo caso un alfiler al que ni siquiera le dejaron la punta para pinchar.

Martín.- Por eso tiene entrada en esta casa. Y porque no le hace el menor caso a su Obispo, mal entendedor del mundo en que estamos.

Cura.- De lo único que entiende mi Obispo es de Jesús y de la caridad. Por supuesto, todos los pasos que da, le salen errados.

Martín.- O sea que usted, sin jerarquía, anda a la deriva.

Cura.- Señor mío, ¿cuántas veces se lo he dicho?: mi Obispo es usted...

Martín.- Tiene entonces el cielo asegurado. Su cielo, naturalmente; no hablo del mío. (Le extiende la mano, el Cura le besa el anillo con unción. Con inesperada brusquedad) ¿Ya ha terminado de guardar todos esos cachivaches que desparramó sobre MI escritorio? ¿Piensa retirarse?

Cura.- Si el señor Obispo no dispone otra cosa...

Martín.- (Punzante) ¿Tiene que ir a despedir a algún moribundo...? La extremaunción me parece la más hermosa tarea que un sacerdote puede hacer. Mucho más que el bautismo. La gente necesita que la despidan confortablemente, y no que le den bienvenidas infundadas. (Se dirige directamente hasta él y lo enfrenta con severidad). Pero dígame a su moribundo que tendrá que esperar. A usted lo necesito acá, ahora mismo.

Cura.- (Algo desconcertado) Como usted mande, pero....

Martín.- ¿Sabe, señor Gerente de Dios? Me he enterado de algo terrible, que desborda mis capacidades: el sótano de esta casa se ha llenado de arañas de todo tipo; ¡hasta tarántulas! Necesito sanear ese lugar. ¿Quién mejor que usted? ¿No es parte privilegiada de su profesión sacerdotal...?

Cura.- Doctor... usted comprenderá... yo no podría...

Martín.- (Interrumpiéndolo) ¿No podría qué, mi apreciado Intercesor?

Cura.- No creo que podría ser eficaz en esa tarea.

Martín.- Eso lo calibro yo, no usted. Usted recibe órdenes que -no lo dude- vienen directamente del Presidente del Directorio de allá arriba. El ha entendido con todo acierto que esa tarea de saneamiento terrenal le corresponde a usted.

Cura.- Quizás yo no sepa...

Martín.- (Cortándolo) Sabrá... No pierda un minuto más. Póngase enseguida manos a la obra. ¿Algún comentario?

Cura.- (Abrumado) No, señor Obispo.

Martín.- Entonces baje, ¿qué espera? (Le abre la puerta del sótano) Cuando termine, golpee las tablas del piso, que le abriremos. Y tráigame los cadáveres en una cajita. Nada más reconfortante que arañas muertas adentro de una cajita. Adelante.

(Con mil resistencias interiores, el Cura desaparece por la trampa del

sótano. Martín cierra con violencia la tapa del piso. Se lo ve exultante. Aparece Marisa, que se ocupa de recoger los distintos hilos desparramados por ella en el suelo).

Martín.- Muy bien. Después de este triunfo, mi querida, todos necesitamos un buen descanso: tú, yo mismo, Andrés, Laurencia. (Martín va animoso hacia el teléfono). Mi estimada secretaria, ocupate de todo: haremos un viaje a Cancún y un crucero por el Caribe... Somos cuatro. Hoteles cinco estrellas, por supuesto... (Sale, dinámico)

(Marisa ha terminado de recoger los hilos. Queda absorta un momento. Luego llama hacia afuera, con inquietud).

Marisa.- ¡Andrés! ¿Dónde estás? Necesito hablarte.

(Entra Andrés)

Marisa.- Mi amor, no soy una desertora. Pero tengo miedo.

Andrés.- ¿Miedo de qué?

Marisa.- De que se te venga todo abajo. De que no quede nada vivo de ti.

Andrés.- ¿De qué me hablás?

Marisa.- De Martín, por supuesto. Quiero que lo sepas: va a desprenderse de ti.

Andrés.- ¿Qué estás diciendo?

Marisa.- Lo estorbás. ¿Por qué tiene que compartir contigo lo que él está consiguiendo por sus propios medios: dinero, prestigio, posición social, poder? Si algo no es Martín, es un benefactor. Lo que no le sirve, lo tira a la basura.

Andrés.- (Después de pensar unos momentos, incrédulo) Hemos sido demasiado compinches.

Marisa.- Mi querido, ¿a quién le importa lo que haya sido antes? En nuestro mundo, lo que no nos sirve ahora, deja automáticamente de existir.

Andrés.- ¿Te habló algo de eso Martín?

Marisa.- Frases sueltas, algún juicio sobre ti, como al pasar... Pero ya lo tiene decidido: se desprenderá de ti con cualquier pretexto.

Andrés.- (Luego de pensar un momento) No te creo. Estás tratando de separarme de él. Y de revivir lo nuestro. Perdés el tiempo.

Marisa.- Pero yo ya encontré cómo salvarte. Escuchame bien: tú, como abogado de gente grandiosa, sos demasiado débil. Pero hay algo que él va a necesitar a medida que crezca: apoyos políticos. Los pocos que tiene ya no le bastan.

Andrés.- ¿Y yo qué tengo que ver con apoyos políticos? ¡Yo nunca fui político, ni lo seré jamás! (Mirándola a fondo) Marisa, convencete: yo no soy nadie, en ningún orden.

Marisa.- Pero él puede hacerte alguien. Si Martín quiere, te abrirá camino.

Andrés.- Empiezo a dudar de tu inteligencia.

Marisa.- Yo no quiero verte destrozado. Dejame actuar a mí. Yo sé manejarlo; sé bien lo que hay que hacer.

(Sale. Andrés queda absorto por un largo momento. Luego se empieza a sacar con lentitud la ropa)

Andrés.- Otra vez las redes, queriendo envolverme. ¿Dónde estoy? ¿Este soy yo?

(Cambio. La escena ha quedado vacía. Entra Laurencia, desmelenada, con la ropa hecha jirones. Trae una especie de objeto de formas imprecisables, de tamaño casi humano, que acaso evoque lejanamente a algún ser vivo, pero que no se parece a ningún ser humano ni a ningún animal. Como mucho puede insinuársele apenas una cabeza, algún miembro).

Laurencia.- De niña te había puesto un nombre, y te lo decía a cada rato. Pero es patético: ya no me lo puedo acordar. Sólo tú, con tu manera impenetrable de ser mujer, eras la única que me comprendías en aquel tiempo. Y me hablabas, y hablábamos... Pero ahora estás muda, desde hace años.

(Sienta a la Cosa en una silla, y se pone frente a ella).

Laurencia.- Ahora quiero que te enfrentes a mi verdad. Me estoy volviendo loca, ¿sabés? Es mi cuerpo el que quiere hablar ahora.

(Laurencia comienza lentamente a acariciarse toda. Empieza por la cara, luego el cuello, los hombros; se desabrocha la blusa y saca al aire los senos. Cada vez está más excitada).

Laurencia.- ¿No me conocías así, no es cierto? Pero la caricia es la gloria, el paraíso que nunca pudo ser. Mi esposo, mi querido Andrés, es buen amador, pero nosotras las mujeres somos castradas lo mismo. ¿Qué ínfima parte dejamos salir de lo que de veras contenemos?

Laurencia.- (Como si hablara la Cosa) ¿Adónde llegaría el planeta si las mujeres nos soltáramos del todo?

Laurencia.- (Con voz propia) Saltaría en pedazos. De puro gozo, de celebración loca. Tú misma acabarías sabiendo qué sos: ¿mujer humana? ¿animal hembra? Y tendrías carne de verdad. Dejarías de ser una imitación ciega de la lujuria. Yo también soy una imitación torpe. Somos hermanas de sangre, tú y yo. O de no-sangre. De no-gloria. De no-paraíso. Castrada hermana mía.

(Se escuchan unos golpes en el piso, que Laurencia parece no escuchar).

Laurencia.- Pero todo esto debe terminar. Aquí te entrego esta tijera que soy yo. Con ella cortaremos los conductos que alimentan al cosmos. Que todo se reseque.

(Sale decidida. La Cosa quedará depositado en su silla, con la tijera

encima).

(Cambio. Escenario vacío. Con fuerte impacto, se abre de golpe la trampa del piso. Después de un momento de inquietante expectativa, aparecen dos Tipos Hirsutos. Tienen enormes pelambres desarregladas y barbas profusas y caóticas. Los dos tienen atadas grandes servilletas al cuello y llevan tenedor y cuchillo en la mano. Atención: estos personajes aparecerán después con aspectos variados, pero deberá notarse que son siempre los mismos).

Tipo Hirsuto 1.- Por aquí, por aquí...

Tipo Hirsuto 2.- (Contemplando el ambiente) Hermoso lugar...

Tipo Hirsuto 1.- Una casa de ricachones.

Tipo Hirsuto 2.- ¿Nos sentamos o nos quedamos parados?

Tipo Hirsuto 1.- Parados, mejor, así no perdemos tiempo cuando llegue el momento. No se vayan a olvidar de nosotros.

Tipo Hirsuto 2.- Y ahora, a esperar. ¿Estás seguro de que la torta sigue creciendo?

Tipo Hirsuto 1.- Cómo no. Así lo aseguró por la tele el Ministro de Economía, que nunca dice una cosa por otra. Y aseguró que si la torta crecía, habría más para repartir entre todos.

Tipo Hirsuto 2.- ¡Qué bueno! Entonces, de un momento a otro tocarán el timbre para entregarnos nuestros pedazos. (Pausa)

Tipo Hirsuto 1.- (Piensa un momento) Pero ojo: quizás el reparto demore un poco. Vos sabés cómo es la burocracia. Mejor será que nos sentemos hasta que llegue la torta. Yo oí que alguien decía: "¿Repartir? Cómo no. Esperen sentados..."

Tipo Hirsuto 2.- (Sentándose) Pero nada de dejar por ahí nuestros cubiertos. No sea cosa de que, llegado el momento, no tengamos con qué cortar y comer.

Tipo Hirsuto 1.- Dios no permita. A propósito: ¿cómo están tus dientes? Ahora que vas a poder usarlos...

Tipo Hirsuto 2.- Me los he estado afilando todo este tiempo. No me van a fallar, estoy seguro.

Tipo Hirsuto 1.- No estaría mal que, mientras esperamos, nos entrenáramos un poco.

Tipo Hirsuto 2.- Muy buena idea. A ver: los dos al mismo tiempo. ¡Ya!

(Al unísono, comienzan a masticar en el vacío. Intercalan expresiones de satisfacción, plácemes mutuos, elogios a la torta. Terminada la "comida", los dos quedan con expresión harta).

Tipo Hirsuto 1.- La verdad es que ha estado muy bueno el banquete.

Tipo Hirsuto 2.- Me siento pesado.

(Larga cada uno, acompasadamente, un tremendo eructo).

Tipo Hirsuto 1.- Parece que una siesta se hace obligatoria.

Tipo Hirsuto 2.- Dicen que para los ricos la siesta es sagrada.

Tipo Hirsuto 1.- ¿Entonces qué esperamos? Bo somos ricos, pero en una casa como ésta, a uno se le pegan las costumbres de aquí.

Tipo Hirsuto 2.- A lo mejor, respirando, se nos pasa para adentro un poco de riqueza. ¿Qué perdemos con probar?

Tipo Hirsuto 1.- Entonces, ¡a la carga!

(Se tiran por ahí. Al instante roncan).

(Cambio de escena. Martín y Andrés. Mientras hablan, de tanto en tanto siguen los golpes en el piso, pero ninguno de los dos parece registrarlo).

Martín.- ¿Leíste los materiales que nos mandó la gente de la transnacional...? No, por supuesto. Pero quedate tranquilo: yo ya le encontré todas las vueltas. Te aseguro que es un asunto muy gordo. (Pausa reflexiva) Sin embargo, para sacarlo adelante va a hacer falta... algo que no siempre está en mis manos: un manejo político adecuado, para abrirnos puertas en las esferas de gobierno.

(Andrés empieza a observarlo, con ojos cada vez más inquietos. Trata de desviarle la atención)

Andrés.- (Precipitadamente) En Cancún descubrí cuál es el secreto de la belleza del Caribe. Es como un aparato asesino subacuático, de aspecto exquisito, pero que...

Martín.- Ahora vienen las elecciones. Es obvio quién las va a ganar. Pensé que si en el gobierno tuviéramos una llave poderosa, alguien que se volviera muy influyente...

Andrés.- (Siempre tirando al óbol) ...sigo engordando, tengo que jugar otra vez al paddle; así fue cómo conseguimos unos cuantos clientes que...

Martín.- Yo, con mis relaciones, puedo hacer subir a esa persona en muy poco tiempo, convertirlo en una figura principal del gobierno, y entonces...

Andrés.- (Desesperado) ...parece que viene una exposición de Picasso, no quisiera perdérmela, aunque Laurencia no soporta la pintura moderna porque...

Martín.- He pensado en ti, Andrés; estás como mandado a hacer para el manejo político fino. Con mi apoyo, tu carrera va a ser meteórica. Me alegro que lo entiendas así y que aceptes el nuevo lugar que nuestro Estudio te asigna.

(Sale Martín, activo. Vuelven a escucharse los golpes en el piso. Andrés ha quedado desolado).

A.- ¡Maldita! ¡Maldita mil veces, Marisa! ¿Por qué no dejás de tejer tus hilos... Marisa adorada!

(Los Tipos Hirsutos en plena siesta. De golpe, Tipo Hirsuto 1 se despierta y se incorpora con violencia).

Tipo Hirsuto 1.- Estaba pensando: ¿y el pobre tipo que quedó abajo?

Tipo Hirsuto 2.- ¿El loco ése? ¿A nosotros qué nos incumbe?

Tipo Hirsuto 1.- Parecía un buen hombre. No hacía más que rezar y gimotear todo el tiempo.

Tipo Hirsuto 2.- Me tenía harto. Tres o cuatro veces pensé en acogotarlo.

Tipo Hirsuto 1.- No sé qué decía acerca de un coso al que lo llamaba "Dios".

Tipo Hirsuto 2.- Debe ser el jefe de alguna mafia, al que le dicen así. Porque si fuera el Dios que yo conozco, no parece preocuparse demasiado por este desgraciado.

Tipo Hirsuto 1.- Vení, vamos a sacarlo de ahí. A él no le quedan fuerzas para subir por sí mismo.

(Entre los dos, sacan al Cura del sótano. Es un despojo)

Tipo Hirsuto 2.- ¡Uf, cómo jiede!

Tipo Hirsuto 1.- Se ve que no se bañó en este mes y medio.

Tipo Hirsuto 2.- Es puro hueso. ¡También!: alimentarse sólo con tarántulas...

(Arrojan al Cura contra un rincón, donde queda tirado como una bolsa, completamente inmóvil)

Tipo Hirsuto 2.- Me siento duro, entumecido. Tengo las coyunturas como tapadas de herrumbre.

Tipo Hirsuto 1.- Es que llevamos una vida demasiado sedentaria. Cuidado con la ociosidad, dicen los médicos. Pensá que yo me pasé veinticinco años acarreando bolsas. ¿Sabés qué ejercicio?... Pero ahora...

Tipo Hirsuto 2.- Y yo en el remolcador, dale que dale, de la mañana a la noche.

Tipo Hirsuto 1.- Hasta que un día me dijeron que no había más nada que acarrear. Y me largaron con viento fresco.

Tipo Hirsuto 2.- Y a mí me cerraron la puerta del remolcador, que después de diecisiete años era como mi casa. ¿Cómo te van a echar de tu propia casa?...

Tipo Hirsuto 1.- ¿A vos te parece que es bueno pasarse tanto tiempo rascándose la barriga?

Tipo Hirsuto 2.- Pero la culpa es nuestra, sí señor. Según dijeron por la radio, somos unos holgazanes, hasta que un día nos va a agarrar flor de infarto.

Tipo Hirsuto 1.- Así que tendríamos que inventar algo para combatir la perniciosa ociosidad. (Piensan)

Tipo Hirsuto 2.- Ya sé: ¿qué te parece si jugamos un rato?

Tipo Hirsuto 1.- ¿Jugar a qué?

Tipo Hirsuto 2.- No importa a qué. La cosa es moverse un poco.

Tipo Hirsuto 1.- ¿Aunque no nos paguen?

Tipo Hirsuto 2.- ¿Y quién nos va a pagar? La gracia está en vivir gratis. Así aligeramos el costo-país, y dejamos de ser una carga para el Estado.

Tipo Hirsuto 1.- ¿Qué te parece si jugamos a los espejitos?

Tipo Hirsuto 2.- Bárbaro. Movés tú.

(Se enfrentan. Uno de los dos hace gestos y movimientos, y el otro trata de reproducirlos igual).

Tipo Hirsuto 1.- Me aburrí. Pero la verdad es que hemos quedado como nuevos.

Tipo Hirsuto 2.- ¿No te decía yo?: no hay como sentirse útil. Dentro de un ratito, empezamos otra vez.

Tipo Hirsuto 1.- Se me ocurre flor de idea: ¿qué te parece si subimos a la azotea? Quiero ser de los primeros en avizorar desde el horizonte el espectáculo de nuestro país recuperándose.

Tipo Hirsuto 2.- Excelente. Vamos a no perdernos detalle. ¡Subamos al encuentro de la prosperidad que ya llega!

(Vuelven a bajar por la trampa del sótano y cierran con estrépito la puerta de madera).

(Cambio de escena. Marisa, en bombacha y sutién, se está poniendo un salto de cama. Poco después aparece Martín, en pantalones, sin camisa).

Martín.- Hoy te he encontrado un poco más receptiva que otras veces... Nada ha cambiado en mi piel... (La observa con cierta emoción victoriosa) Es hermoso escucharte bramar como una fiera de lujo...

Marisa.- (Burlona) Nosotras las mujeres somos bichos fanáticamente zoológicos. No como ustedes, tan ahorrativamente humanos... (Pausa)

Martín.- ¿Nada más que decirme, entonces?...

Marisa.- Me regalaste un rato gratificante y te lo agradezco. Pero no me pidas más. Hoy tengo un día terrible.

Martín.- Ya sé lo que eso significa: encerrarte a solas en sus despachos con todos esos dueños de empresas a quienes tenés que

convencer para tus ventas. Todos ellos cazadores profesionales, y tú, la presa bienvenida... tratando de que ellos, los dioses de este mundo, pongan su firma al pie de tus facturas... ¡Qué asco!

Marisa.- Ya sería hora de que hubieras madurado.

Martín.- Escuchame, Marisa. Vienen tiempos de maravilla para nosotros. Estamos subiendo como un cohete espacial, ¿no te das cuenta? ¡Cuánto podríamos hacer, juntos tú y yo, como al principio!

Marisa.- ¿Entonces?...

Martín.- Yo necesito saber que me apoyás, dedicada nada más que a volar juntos, cada vez más alto y más alto...

Marisa.- Te has puesto poético. Pero se te ve el juego demasiado clarito: me estás queriendo encerrar en una campana de cristal...

Martín.- Quiero que te concentres en nosotros, que sólo yo te escuche bramar como una fiera fuera de sí...

Marisa.- Ahora la mujer tiene que nadar en medio del oleaje de este mundo de mierda. ¿Cómo pretender que su cuerpo sea el mismo? Ahora está suelto. Chapalea en la disponibilidad.

Martín.- Pero sos mi esposa, me parece.

Marisa.- Seré tu esposa, pero ahora las sensaciones corren por una pista distinta. La institución es una cosa, la piel es otra.

Martín.- Pensalo bien: te ofrezco todo lo que tengo: mi posición, mi patrimonio, mi poder... Pero que seas mi esposa: un espléndido animal que brama para mí solo. (Mirándola con gravedad) Me sería muy doloroso tener que dejarte fuera del juego...

Marisa.- Ah... ¿una amenaza?

Martín.- No. Una propuesta.

Marisa.- Una transacción vulgar, diría yo, una compra...

Martín.- No tengo mi patrimonio para seguir subvencionando locuras. Lo tengo para emprendimientos grandiosos, que te ofrezco compartir conmigo. Así que decidís tú.

(Sale con paso firme. Marisa queda pensativa un momento, como deliberando consigo misma. Al fin deja caer el salto de cama y vuelve a quedar en bombacha y sutién).

(Cambio de escena. Andrés está mirándose con preocupación al espejo. Tiene una pinta estupenda. Repasa el peinado, ajusta la corbata, se pone el saco, lo calza bien, controla el lustrado de los zapatos, etc.)

Andrés.- No estás mal, Andresito, nada mal. Ahora te dicen: "Sí, doctor", "Por supuesto, doctor": ¡manga de cretinos, qué se piensan?

(Ha terminado su arreglo, se dirige hacia el gran sillón de cuero, se sienta con cierta majestad, cruza la pierna, espera. Grabador en mano,

aparece uno de los Tipos Hirsutos, pero ahora bien vestido y convertido en reportero).

Reportero.- Nuestro reportaje de hoy estará dedicado a una de las figuras más sorprendentes del panorama político actual. Alguien que no tiene ningún antecedente político, y que sin embargo ocupa ya posiciones encumbradas en el partido de gobierno.

Andrés.- Debo hacerle una pequeña rectificación: yo no soy un político recién llegado; lo soy de toda la vida. Simplemente que no habia podido dedicarme por entero a hacer política práctica, absorbido siempre, ad libitum, por mi profesión jurídica.

Mutatis mutandi, no se trata de cocinar razonados alfajores constitucionales. Mi idiosincrasia, in fine, es la de una anémona partidista. Me importa que a la audiencia le quede bien clara esta conceptualización.

Reportero.- Senador: ¿qué lo decidió a volcarse a la política en este momento preciso?

Andrés.- Quería servir al país en una coyuntura tan crítica como ésta. Siguiendo a Giovanni Sartori en su Tratatto de Diritto Penale, yo pienso que la caducidad, madre de todas las conciencias, debe colonizar lo que pueda quedarnos de viejas inducciones intrínsecas.

Reportero.- Quisiera hacerle ahora una pregunta quizás molesta. No la conteste, si no quiere. Muchas veces se ha criticado a su estudio jurídico por anteponer el interés de grandes clientes extranjeros al interés nacional.

Andrés.- Me apoyaré para contestar esa infamia en el sabio adagio latino: Non calentarum, largo vivirum. Nuestro estudio jurídico jamás ha compaginado edificios alógenos capaces de torcer in situ las tansacciones incineradas que nadie aglutina.

Reportero.- Ahora que está usted dedicado a la política, ¿seguirá vinculado a su estudio jurídico?

Andrés.- En absoluto. Si usted me conociera, amiguito, sabría que soy pírrico por excelencia, un sujeto calcinatorio, viejo aficionado a la hermenéutica sine qua non. De eso no tenga ninguna duda.

Reportero.- Le agradezco, Senador, su participación en nuestro espacio. Ha sido usted notablemente claro y sobre todo conceptuoso. Le deseo buena suerte en su delicada gestión.

(Sale presuroso. Andrés se pone de pie y sale "de cámaras").

Andrés.- (Sonríe con cierta complacencia) No es tan difícil la comunicación televisiva. Basta con ser sincero y mostrarse tal como uno es. Veremos qué comentan mañana los diarios. Hace un buen rato que les envié lo que tienen que decir. (Se restrega las manos con fruición) Me parece que esto de hacer política va a ser pan comido para un tipo como yo. ¿Hasta qué alturas iré a llegar, Dios mío?...

(Se mira al espejo, y se saluda a sí mismo con picardía).

(En ese momento el Cura, que seguía tirado en el suelo, se incorpora apenas, lanza un largo aullido animal y vuelve a quedar como estaba. Marisa aparece vistiendo un traje sastre muy a la moda. Está estupenda. Lleva un portafolio. Se sienta en una silla junto al escritorio. Espera. Poco después entra uno de los Tipos Hirsutos, con algún detalle que indique que es un ejecutivo importante. Saluda a Marisa con efusión intencionada. Ella se pone seductora. El le acaricia el pelo, ella sonríe, complaciente. Le entrega unos papeles, que él, luego de una amable expectativa, firmará. Después la pone de pie, se abrazan, él la sienta sobre el escritorio y la acomete).

(Cambio de escena. Martín y Andrés)

Martín.- Andrés, tengo que pedirte algo muy delicado. Se trata de Marisa. No soporto la vida que lleva.

Andrés.- Ese vivir entre cazadores, asediada momento a momento...

Martín.- Son tentaciones continuas. Sé que voy a perderla.

Andrés.- ¿Qué te queda? ¿Encadenarla? ¿Y qué puedo hacer yo?

Martín.- (Mirándolo a los ojos) ¿Tú?... Hablarle.

Andrés.- El marido sos tú, no yo.

Martín.- Pero te escucharé más a ti que a mí... (Angustiado) Andrés, yo tengo una imaginación enferma. ¡Qué fácil es decir "Fulana cometió un desliz", o "Dio un mal paso" o "Tuvo una aventura"! ¡Palabras vacías! Nadie atraviesa esa costra de palabras para sacar a luz lo que traen dentro. Pero yo sí lo hago, ¡desgraciado de mí! No sabés con qué nitidez me descerraja esta mi mente maldita escenas que yo sé que están ocurriendo. Yo escucho, te juro que escucho con toda precisión, los bramidos de animal gozador que lanza Marisa, mi Marisa, sus delirantes alaridos finales, y veo desfilar como en una pantalla las complacencias crecientes, los consentimientos, los retorcimientos más impúdicos, las penetraciones, una por una. ¡Te juro que quedo cargado de fotografías atroces, Andrés... y no lo puedo resistir! ¡Es mi mujer, Andrés, lo que más amo en el mundo! Y mi imaginación no me da un momento de respiro!

Andrés.- Calma. Tenés que aprender a gobernarte. Parecés un adolescente desesperado.

Martín.- No te burles. (Pausa) Además, le acabo de dar un ultimátum: o cambia de vida o la aparto de mí. Si se queda, le he prometido el oro y el moro.

Andrés.- Me parece una mala jugada.

Martín.- Sí, soy torpe. Pero dame una mano. Te lo suplico.

Andrés.- Veré lo que puedo hacer por ti.

Martín.- Te lo agradeceré hasta el fin de mis días.

(Cambio de escena. Entra Marisa en bombacha y sutién, poniéndose el salto de cama, exactamente en la misma actitud que en la escena con

Martín. Pero ahora el que entra es Andrés, vistiendo únicamente pantalón. Se lo ve afectado, sombrío).

Andrés.- Qué espanto, oírte bramar como una fiera de lujo!

Marisa.- Creí que a los hombres los halagaba: ¡cuánto poder sobre nosotras! Ustedes, los señores del sexo!... Acaben de convencerse: el sexo sirve para una sola cosa: para alcanzar un territorio al que de otro modo no llegamos jamás. ¿Qué hay allí? ¿En qué nos convertimos? Quizás nos volvamos animales mágicos, quizás diosas... Pero sólo nosotras nos instalamos en esa condición. Ustedes apenas la rozan en una ráfaga final. Por eso tienen perdida la partida.

Andrés.- ...basta con que encuentren a un hombre que las haga llegar a tanto. Puede ser éste o aquél, lo amen o no. (Pausa dolida) Pero a pesar de saber que sos así, no me importa decírtelo: te amo con locura.

Marisa.- (Yendo hacia él, emocionada) ¿Cómo pudimos demorarnos tanto? Ahora todo volverá a ser como antes.

Andrés.- Ahora nada volverá a ser como antes. (Se abrazan apasionadamente. Salen abrazados).

(Cambio de escena. Vuelven a aparecer los dos Tipos Hirsutos: pero ahora los dos están con el pelo cortado, peinados a la gomina, vestidos con traje y corbata).

Tipo Hirsuto 1.- Vernos así da gusto.

Tipo Hirsuto 2.- Hasta parecemos un poco ricos.

Tipo Hirsuto 1.- ¿Para qué queríamos más? (Oliéndolo) Ya no tenés olor.

Tipo Hirsuto 2.- Es que me puse medio frasco de perfume.

Tipo Hirsuto 1.- Y yo el otro medio. ¡No podemos andar jediendo!

Tipo Hirsuto 2.- ¿Qué nos tocará hacer hoy?

Tipo Hirsuto 1.- El Senador nos habló de que llega un visitante ilustre, o algo así.

Tipo Hirsuto 2.- Habrá que hacer una buena crónica.

Tipo Hirsuto 1.- ¿Viste que los jefes de los diarios dicen "hay que cubrir la información del evento"?

Tipo Hirsuto 2.- ¿Qué mierda quiere decir "evento"?

Tipo Hirsuto 1.- Tendríamos que tener un diccionario a mano.

Tipo Hirsuto 2.- ¿Y qué es un diccionario?

Tipo Hirsuto 1.- Una especie de guía telefónica de las palabras.

Tipo Hirsuto 2.- ¡Qué brutal! Yo no sabía que las palabras tienen teléfono.

Tipo Hirsuto 1.- Cómo no. Teléfono y dirección.

Tipo Hirsuto 2.- ¿Y quién será el visitante que llega?

Tipo Hirsuto 1.- Me parece que el portero de un banco internacional. O el portero o el presidente, no me acuerdo bien.

Tipo Hirsuto 2.- ¿Y en qué idioma hablará, si es internacional?

Tipo Hirsuto 1.- El Senador nos dirá con tiempo. Si no habla español, vamos a tener que aprender medio de apuro.

(Entra muy desenvuelto Andrés, vestido con enorme elegancia).

Andrés.- Bien, muchachos. ¿Todo en orden?

Tipo Hirsuto 1.- Todo, señor Senador.

Andrés.- Les repito: el que llega es el Presidente de un gran banco transnacional. Nos interesa sobremanera. Ya les expliqué lo que pueden poner en sus crónicas y lo que no deben decir de ningún modo. Que no se les olvide.

(Salen presurosos los Tipos Hirsutos. Andrés se vuelve hacia fuera y llama).

Andrés.- ¡Laurencia! Ya es hora de salir, querida. No podemos hacer esperar al Embajador.

(Entra Laurencia, de gran gala).

Laurencia.- ¿Te parece que estoy bien así?

Andrés.- Estás estupenda.

Laurencia.- (Yendo hacia él con gesto afectuoso) Me siento orgullosa de ti, Senador de la República... ¿Hasta dónde vamos a subir?

Andrés.- Hasta donde tú me lo pidas.

(La besa brevemente. La toma del brazo y salen. Poco después aparece Marisa silenciosamente. Los mira irse).

Marisa.- ¿Por qué no aprendo a andar sin nada? ¿Por qué no puedo ser yo misma en este mundo que elegí?...

(Transición. Martín está sentado en su sillón, leyendo unos papeles. El otro Tipo Hirsuto está parado cerca de él, nervioso)

Martín.- ¿Y el doctor Andrés ya leyó esta crónica?

Tipo Hirsuto.- Sí, señor. De punta a punta.

Martín.- ¿Y la aprobó?

Tipo Hirsuto.- Nos felicitó. Nos dijo: "Ustedes están mejorando a ojos vistas".

Martín.- ¡No se puede creer! (Agarra un lápiz y hace varias tachaduras) Si saliera esto, quién sabe si no terminaríamos en la cárcel... (Mirándolo al Tipo Hirsuto con severidad) Ustedes tienen que tener más cuidado. ¿Andrés no les explicó a fondo este asunto?

Tipo Hirsuto.- Nos habló una barbaridad de tiempo. Pero casi no le entendimos. Habla muy difícil.

Martín.- ¿Cómo les encarga esto a principiantes? (Le entrega las hojas) Bueno, vuelen! Lleven al diario la crónica, pero digan que van de parte mía, no se olviden de eso. Mía, no de Andrés.

(Sale precipitándose el Tipo Hirsuto. Martín se ha sumergido en la lectura de unos papeles. El Cura, con enorme dificultad, ha empezado a incorporarse. Su aspecto es lastimoso. Tiene algo de monstruo. Da unos pasos a los tumbos, agarrándose como puede. Vuelve a lanzar otro aullido semejante al anterior, pero Martín no da señales de haberlo escuchado. El Cura se desplaza por detrás de Martín. Tiene en la mano un trapo negro. Se prepara a ponérselo en el cuello a Martín con intención asesina. En ese momento entra Andrés. El Cura lo examina con atención. Después se dirige directamente hacia él).

Cura.- Buenos días, mi nuevo señor Obispo.

(Se arrodilla ante él y le besa respetuosamente la mano. Andrés no da señales de hacer caso de él. Se dirige hacia Martín, que ahora sí interrumpe su lectura y lo mira. El Cura seguirá con atención la escena siguiente, pero sin intervenir).

Andrés.- Tenemos que sincronizar mejor nuestros horarios. Los acontecimientos vuelan y a veces es indispensable que me informes a tiempo.

Martín.- ¿Que yo te informe?... (Con leve ironía) ¿Proponés algún plan de coordinación más aceitada, querido Senador...?

Andrés.- Tal vez dentro de poco tengas que decirme "querido Ministro"... Me han hecho ciertas proposiciones que... (Lo observa) ¿No te alegra?... Todo se nos hará más fácil.

(El Sacerdote se ha puesto de pie. Está entre los dos. De modo muy ostensible, dobla con cuidado el género negro que tenía en la mano y lo deposita junto a Martín sin decir una palabra. Luego sale con gravedad ceremonial).

(Cambio de escena. De golpe aparece Tipo Hirsuto 2; otra vez barbudo, peludo, desprolijo. Se pone a examinar cosa por cosa).

Tipo Hirsuto 2.- No hay nada comparable a una casa llena de ricos. Cuando yo estaba en el remolcador... La espuma, cuando hay luna, larga brillos aquí y allá, y uno se los confunde con broches metálicos, que estuvieran flotando. La Vieja usaba de esos broches, aquí en el escote. Yo no había cumplido cinco años. Después la vieja se fue con el tipo aquel y no la vi nunca más...

(Aparece Laurencia, con la Cosa entre sus brazos. Lleva un broche metálico en el escote. Tipo Hirsuto lo ve y se arrima a Laurencia con emoción. Ella no parece haberlo visto)

Tipo Hirsuto 2.- Si usted fuera mi vieja que perdí, no sabría qué decirle. (Le saca el broche con la mayor suavidad, sin que ella parezca advertirlo) Así eras tú... Usabas un perfume que me parece que salía de tu cuerpo mismo. Después de tantos años acaba de volver. (La huele muy de cerca, con emoción) ¿Cómo pudiste irte para siempre? Se me rompió el mundo, ¿sabés?

Laurencia.- (Como si fuera la Madre de Tipo Hirsuto 2) Muy poco después de irme de casa, me fui de esta vida. Podría mostrarte las cicatrices: tres agujeros de bala que tengo en el cuerpo, regalo del mismo tipo que me apartó de ti, de mi único hijo querido. Te lo juro: hasta el día del asesinato, no dejé de llorar ni una noche por haberte abandonado. (Largo silencio opresivo)

Laurencia.- (Volviendo a hablar como Laurencia) Cuánto debe apesadumbrarlo esta revelación. (Pausa de cercanía. Mostrándole la Cosa) ¿Sabe?: yo no soy este monstruo-mujer.

Tipo Hirsuto 2.- ¿Y por qué lo lleva a todas partes?

Laurencia.- Para recordar quién no soy.

Tipo Hirsuto 2.- Igual las cosas se hacen y deshacen. Yo disfruto más del deshacerse que del hacerse. ¿Y usted?

Laurencia.- Creo que el deshacerse es más parecido al nacimiento. (Pausa de simpatía)

Tipo Hirsuto 2.- Le diré: a usted no le sienta demasiado andar disfrazada de Senadora.

Laurencia.- Uno debe sacrificarse por el hombre al que ama. Mutilarse, castrarse incluso. Desde el día en que me hice esposa de Andrés, no sé por dónde ando, dónde vivo.

Tipo Hirsuto 2.- Si usted quiere, adoptaré a ese monstruo que la acompaña. Haré de ella la madre que me abandonó, pero también la hija que he andado buscando.

(Laurencia duda unos momentos. Después le entrega La Cosa. Se ve la felicidad pintada en el rostro del Tipo Hirsuto 2).

Tipo Hirsuto 2.- (Hablándole a la Cosa) Vieja, qué suerte que hayas vuelto! Ahora podré descubrir quién fui en todo este tiempo. (Desaparece hacia el sótano).

(Cambio de escena. El Sacerdote es ahora un Rabino. Está abriendo una caja, de la que saca elementos de maquillaje: cremas, tijeras, barbas postizas, etc. Comienza a maquillarse activamente. Mientras realizó este operativo, no cesó un momento de hablar en lenguas, diciendo lo que parece una oración salpicada de imprecaciones furiosas. Cuando termina su operativo, calla un momento).

Rabino.- El Espíritu de Jehová pudo por fin hilvanar su infructuoso discurso y ha hablado por mi boca. Es que las tarántulas conocen el lenguaje de Dios. Son animales místicos, y como tales, incomprendidos. Por eso es difícil amarlas. La salvación es convivir con ellas. Enchastrarse. Señor: tú no tienes la culpa de cómo estamos siendo aquí abajo. Mejor que no nos mires.

(Golpea las manos como llamando, dispone asientos en la forma que se indicará. El escenario queda dispuesto como si fuera una sala de audiencias. En dos sillones enfrentados al público, están sentados Andrés y Martín. En un plano más alto, sentada en una silla pelada, está Marisa también de frente al público y vestida con una túnica carcelaria. A los costados se disponen Laurencia y los dos Tipos Hirsutos, el número 2 teniendo la Cosa en brazos, sólo que amordazada).

Rabino.- Mis reverendas tarántulas, está abierta la sesión. Tiene la palabra el querellante, el destrozado. (Expectativa)

Martín.- Quiero empezar preguntándole a mi Marisa querida: ¿has tomado ya tu decisión?

Marisa.- La he tomado.

Martín.- ¿Podemos conocerla todos?

Marisa.- Por cierto: seguiré haciendo mi vida como hasta ahora.

(Conmoción general)

Martín.- ¿Sos consciente de que me estás hiriendo de muerte? ¿No sentís que yo te siga siendo necesario?

Marisa.- Muchas experiencias me son más necesarias.

Martín.- Tus placeres, por supuesto.

Marisa.- Entre otras cosas. Pero es mucho más que eso.

Rabino.- Se le ruega a la inculpada que sea más precisa en sus expresiones.

Marisa.- (Como si hablara para sí misma) ...Es haber entendido que la carne que se nos dio, es un camino para... Pero ustedes, varones, nenes chicos, no podrían entenderlo. A lo único que atinaron fue a encadenarnos, a hacernos creer cuentos estúpidos: que para que nuestra carne funcione, tiene que intervenir el sentimiento. ¡Gigantesca, asquerosa mentira! ¡No es cierto! Si amamos, mejor: vamos mucho más a fondo. Pero si no amamos, igual la carne nos exige y nos da a raudales lo que necesitamos.

Rabino.- ¿Qué opina el otro querellante?

Andrés.- Creo que tiene la razón en todo. Marisa está lejos de ser una putita vulgar. Es la mujer que está viniendo. Pero nosotros los varones no estamos preparados para recibirla. Nos tendrían que hacer todo de nuevo. La mujer que nosotros aceptamos hoy, está desapareciendo.

Tipo Hirsuto 1.- ¡Si ahora las mujeres parecen varones! Se portan como lo hicimos nosotros toda la vida.

Marisa.- Mi madre me educó en las viejas mentiras, en los errores de siglos. Pero fue mi madre, también, quien sin saberlo me enseñó el camino: con su frustración, con ese irse quedando reseca y muerta a medida que pasaban los años... Entonces me di cuenta hasta qué punto ella, y todas las demás, habían sido preparadas cuidadosamente para no reconocer las verdades más sencillas. Por ejemplo ésta: que el amor y la carne caminan por carriles diferentes.

Tipo Hirsuto 1.- (Poniéndose inteligente) Yo digo: está naciendo una mujer con cuerpo libre, y un hombre que todavía no sabe cómo manejarse con ella.

Tipo Hirsuto 2.- ¡Bravo, colega! ¡Qué dominio del tema sexual! ¿No serás un poco marica?

Rabino.- (Didáctico) Lo ilustraré mediante un apólogo, inspirado en los Libros Sagrados: con la velocidad de una liebre, la mujer corre hacia la libertad de su cuerpo; pero con la velocidad de una tortuga, el varón va al tranco hacia la aceptación de esa libertad. En consecuencia, mis apreciadas tarántulas...

Laurencia.- Señores varones: ¿por qué no se apuran un poco? Somos mujeres. De pelo en pecho. Con toda la barba. Tenemos los cojones bien puestos. ¡No podemos esperarlos!

Rabino.- Mis amigos: los conmino a encerrarse cada uno dentro de sí. Comprobarán que allí se encuentra Dios, esperándolos; un bicho-madre, una araña sacrosanta, moviendo las patas con elocuencia lentitud. Pregúntenle a él, afinen el oído, no se hagan trampa. (Golpeando las manos) Queda levantada la sesión.

(Cambio de escena. Marisa sigue sentada en la misma silla, pero ahora atada. Andrés le da vueltas alrededor).

Andrés.- Te leo como un libro abierto. Fue el segundo gran empresario de esta semana. Primero tomaron una copa en el bar de un hotel cinco estrellas. Después te llevó a su apartamento, en su Mercedes de lujo. Bramaste como una fiera. Puedo hablarte de las tres horas que siguieron. Decime si me he equivocado en algo.

Marisa.- En nada. Ves todo con una claridad asesina.

Andrés.- Te detesto. Me siento lleno de vergüenza.

Marisa.- Sin embargo fueron noches estupendas. Lo que sentí con estos amigos fue cosa de cuerpo, de piel, puros delirios, sueños sangrientos. Cuando pasan, lo único que queda es un continente lleno de firmeza, un paraje inmovible. Y allí, cuando abro los ojos, estás otra vez tú. Son territorios separados. Te amo, Andrés. Te amo locamente. Te amo. Te amo.

Andrés.- Tal vez tu cinismo tenga razón. Pero ante tu cuerpo, me siento un bebito, un retardado que recién llegó al mundo.

Marisa.- Y es verdad: sólo el cuerpo de mujer conoce. Ustedes, en cambio, son los analfabetos de la carne.

Andrés.- ¡Nosotros, pobres gatos!: servimos sólo para apretar unas cuantas teclas hasta lograr que el cuerpo de ustedes vuele. Pero la

gloria ocurre siempre en el escenario de ustedes, nunca en el nuestro, que es apenas relámpago. ¡Ustedes, la famosa raza visceral!

Marisa.- (Mirándolo a los ojos) Ahora podés flagelarme todo lo que quieras. Para eso me hiciste venir.

(Andrés parece dudar un momento. Va hasta ella, la libera, quedan mirándose un momento, después se echa uno en brazos del otro con la mayor pasión).

(Cambio de escena. Estruendo impresionante de sirenas de patrulleros, motos que frenan, puertas de autos que se cierran precipitadamente. Martín, solo en su escritorio, queda sorprendido. En ese momento, se abre la puerta de una patada e irrumpe Tipo Hirsuto 1 sosteniendo un revólver con las dos manos y apuntando en todas direcciones).

Martín.- ¿Pero qué es esto? ¿Qué modo de entrar en un Estudio Jurídico? ¿Qué hace con ese revólver?

Tipo Hirsuto 1.- Yo qué sé. En las películas norteamericanas todos entran así.

(Entra Tipo Hirsuto 2. Trae colgado un aparato metálico, al que le da vuelta una especie de manivela. Del aparato sale el sonido de las sirenas de patrullero, las motos, etc.).

Tipo Hirsuto 1.- Apagá eso, que ya no se necesita.

(Tipo Hirsuto 2 deja de hacer girar la manivela. Cae un silencio incómodo).

Martín.- ¿Quiénes son ustedes?

Tipo Hirsuto 1.- Los guardaespaldas del señor Ministro, que debe estar llegando en el ascensor. Puede que demore un poco: por razones de seguridad, hemos bloqueado todo el edificio para revisarlo.

Tipo Hirsuto 2.- Si quiere que lo entretengamos mientras, somos malabaristas, tragafuegos, saltimbanquis...

Tipo Hirsuto 1.- O podemos prestarle una revista porno. ¡Qué minas! ¡Y qué posiciones! A usted leharía falta: ya se sabe que la abogacía seca el sexo.

(Entra en ese momento Andrés, con gran pinta de Ministro).

Andrés.- Gracias, muchachos. Quédense por ahí. Cualquier movimiento sospechoso, ya saben: ni una vacilación.

(Salen, resueltos, los dos Tipos Hirsutos)

Martín.- ¡Cuánto aparato!... Ni que fueras un jeque árabe.

Andrés.- Sin embargo es el jeque árabe el que tiene que trasladarse para venir a verte a ti...

Martín.- Sabés bien que hay papeles que no pueden salir de este lugar. (Se los pasa) Con dos decretos tuyos, sacamos esto adelante.

Andrés.- (Luego de darles una lectura) Santo Dios...

Martín.- Antes de fin de mes. (Pausa tensa)

Andrés.- Dame tiempo. Tengo que pensarlo.

Martín.- (Sorprendido) ¿Pensar qué? ¿Frente a este regalo del cielo...?

Andrés.- Como Ministro no puedo actuar a tontas y a locas...

Martín.- ¿De qué estás hablando? Tu Ministerio nos importa un pito, a ti y a mí. Yo te puse allí para que hicieras lo que tenés que hacer. Bueno: llegó el momento.

Andrés.- (Luego de una pausa) Dejame estudiar esto.

Martín.- ¿Qué decís? No te entiendo. (Mirándolo con desconfianza) ¿No será que te estás tomando demasiado a pecho tu carrera política? ¡Claro! primero Senador, enseguida Ministro. ¡Sos un cohete espacial! ¿A qué querés llegar: a Presidente de la República?

Andrés.- Pensá lo que quieras. (Pausa más cargada)

Martín.- Cuidado Andrés: no quiero vacilaciones. Yo no voy a permitir que se nos estropee este negocio.

Andrés.- No me siento seguro. Quiero la opinión de mis asesores.

Martín.- ¿De tus asesores? ¿Pero qué estás diciendo?... Bueno, y al fin de cuentas: ¿cuánto cuestan tus asesores?

Andrés.- Te equivocás: hay muchos no comprables.

Martín.- ¡No me hagas reír! (Mirándolo con severidad) Te desconozco, Andrés... Pero escuchame bien: si te empecinás, tendré que proceder. Sabés que no me ando con muchas vueltas.

Andrés.- ¿Qué podés hacer tú? Ya tengo mi prestigio propio.

Martín.- Puedo hacerte expulsar del Ministerio en dos minutos. Me basta con revelar muchos asuntos en los que estuviste metido.

Andrés.- Caerías tú también. Si aparecen ciertas cosas que ocurrieron... Naufragaría nuestro "respetable" estudio jurídico.

Martín.- Sabría cómo reflotarlo... pero sin ti. (Burlón) Hasta te conseguiría un puesto de portero en tu Ministerio...

Andrés.- Hací lo que quieras.

Martín.- Ya te lo dije: antes de fin de mes.

Andrés.- Hablaremos.

Martín.- Te lo aviso: no voy a permitir ninguna dilación.

(Se saludan secamente. Sale Andrés. Vuelve a oírse el estruendo de sirenas, patrulleros, etc.).

(Cambio de escena. Marisa parece al borde del llanto. Aparece Tipo Hirsuto 2, cargando en sus manos una canasta rústica, llena de hojas de árbol, que distribuye sobre la mesa).

Marisa.- Necesito que me diga ahora mismo qué va a ser de mí.

Tipo Hirsuto 2.- Estas hojas lo dicen todo.

Marisa.- ¿Donde aprendió esa técnica tan poco conocida?

Tipo Hirsuto 2.- En una isla del Océano Indico. Viajando en el remolcador. Me la enseñaron unos salvajes.

Marisa.- Pobre de usted si me oculta algo.

Tipo Hirsuto 2.- (Mientras va "leyendo" las hojas) Debe moverse con el mayor cuidado... corra bien las cortinas de su persona...

Marisa.- ¿Quién me amenaza?

Tipo Hirsuto 2.- Todo. Es fácil caer en cualquier trampa... Usted marchará a tientas. Sólo la luz del día le permitirá crecer.

Marisa.- ¿Esto significa mi muerte próxima?

Tipo Hirsuto 2.- Mire hacia adelante. Pronto se correrá un velo y podrá divisar el final del camino.

(Ha aparecido sigilosamente Laurencia. Queda semioculta en la sombra).

Marisa.- Esperaba mayor precisión. Sigo estando tan sola como antes de llegar usted. Mejor retírese.

(Tipo Hirsuto 2 recoge sus hojas y se retira. Marisa queda apesadumbrada. Laurencia se le acerca).

Laurencia.- ¿Hablabas con alguien?

Marisa.- ¿No ves que estoy sola?

Laurencia.- Es que tú siempre tenés el aire de estar demasiado bien acompañada...

Marisa.- Tú también atacándome, Laurencia... ¡Tú, la esposa tranquila, la mujer que nunca claudica...!

Laurencia.- Respeto lo que tengo, lo que me pertenece.

Marisa.- Hermosa palabra, otra vieja trampa... Ah, quisiera verte en mi lugar. Vivir rodeada de cazadores estupendos, que no se cansan de ofrecerte todo lo mejor: el mejor sexo en los mejores lugares con las mejores coartadas y la seguridad total. ¿Qué mujer se rehusaría?

Laurencia.- Yo soy la que soy, no importa cómo esté ni dónde ni con quién.

Marisa.- ¡Qué ilusa! Te equivocás: somos según dónde estemos situadas y según haciendo qué. No tengas dudas: en mi lugar, tú serías Marisa; en tu lugar, yo sería Laurencia.

Laurencia.- (Observándola con detenimiento) Se diría que estás muerta

de miedo.

Marisa.- Pobre del que no mantiene los ojos bien abiertos.

Laurencia.- ¿Te referís a mí? ¿Tú creés que yo no veo todo lo que tengo que ver?

Marisa.- ¿Qué pasa? ¿Andrés anda en malos pasos?

Laurencia.- Anda. Lo sé todo.

Marisa.- Pero no das un paso por apartarlo de ti.

Laurencia.- Eso es amor. ¿Está esa palabra en tu diccionario?

Marisa.- ¿Y en el tuyo está la palabra "ambición"? No debe ser mala cosa mirarse al espejo y encontrarse con la esposa de un Ministro cada vez más poderoso...

Laurencia.- Vengo de hablar con él. Por primera vez mencionó la palabra "renuncia".

Marisa.- Jamás renunciará. Andrés probó lo que significa estar en el ojo de la tormenta y ver que todos lo consideran un salvador. (La observa con detención) ¿Cuál es tu miedo? Si renunciara, ¿qué pasaría?

Laurencia.- Lo perdería para siempre.

Marisa.- ...Y habría alguien, en cambio, que lo ganaría para siempre...

Laurencia.- Sólo Martín es capaz de imponerle su voluntad. Convencelo para que Andrés no se aparte de su puesto. A tu marido no le conviene.

Marisa.- Es decir que aspirás a seguir siendo la Primera Ministra. Amén.

(Cambio de escena. En el ambiente vacío, entra el Sacerdote vestido ahora con el atuendo y los adornos de un Pai do Santo. Se dispone a iniciar un oficio).

Pai.- Señor, te desconozco pero te acato. ¿Has dispuesto la caída de algunos de tus hijos? Cuando yo los señale con el dedo, expúlsalos de tu antro. Pero no te manches tú. Permítele a éste tu Embajador en la Tierra ser entre los hombres tu puño ecuánime. Todo aquí se está cayendo a pedazos. Sabré proceder para tu más alta gloria.

(Entona un canto lúgubre, al tiempo que se desplaza, mimando todos los ritos del oficio. De entre sus ropas, saca algo que puede ser un arma larga, pero no se la distingue bien).

(Cambio de escena. Martín y Tipo Hirsuto 1. Aquél le entrega a éste un manojito de llaves).

Martín.- Ahora vas hasta el cofre que ya conocés. No bien lo abras, encontrarás unas carpetas verdes. Me las traerás sin que nadie te vea.

Yo te diré adónde vas a llevarlas. ¡Rápido! No demores.

(Tipo Hirsuto 1 va a salir presuroso, pero frente a él aparece Andrés, con un manajo de llaves en la mano)

Andrés.- Ahora vas hasta el cofre que ya conocés. No bien lo abras, encontrarás unas carpetas rojas. Me las traés sin que nadie te vea. Yo te diré adónde vas a llevarlas. ¡Rápido! No demores.

(Sale Tipo Hirsuto 1. Andrés y Martín quedan enfrentados como dos gallos de riña).

Martín.- Pensá bien lo que vas a hacer.

Andrés.- También tú. Todo está en juego.

(Cambio de escena. Laurencia sola en escena. Tiene en sus manos a la Cosa, que ahora muestra una gran mancha de sangre sobre lo que sería su cuerpo).

Laurencia.- Yo me encerraba contigo en la cocina, te acostaba arriba de la mesa y agarraba la cuchilla de cortar carne. Empezaba por hacerte un corte chiquito para que te saliera un poco de sangre. Tú estabas pálida y hermosísima. Gemías bajito. Yo me sentaba en el banquito de la cocina a ver cómo te desangrabas toda entera. (La mira a los ojos) ¡Cuántas veces te maté! Yo, una infanticida de nacimiento...

Laurencia (con la voz de la Cosa).- Por eso nunca quisiste tener hijos.

Laurencia.- Por eso y porque amo demasiado a mi cuerpo. Lo quiero sin ningún brote, sin ninguna flor que me aparte de él.

Voz.- Ahora te convendría haber tenido un hijo. Ahora que vas a quedarte sola.

(Laurencia revuelve su mano en la sangre de la Cosa)

Laurencia.- ¿Qué sabés tú?... Tú, a quien debí haber matado de verdad.

(Entra Andrés. Mira largamente a Laurencia)

Andrés.- ¿Qué debo hacer, Laurencia? ¿Firmar esos decretos?

Laurencia.- ¿Por qué me lo preguntás a mí? ¿Porque soy tu esposa? Es una razón demasiado débil.

Andrés.- Me asusta tu infantilismo. Aunque fue por tu infantilismo que me enamoré de ti.

Laurencia.- No quiero seguir siendo la señora Ministra. Quiero saber si te puedo seguir amando cuando te quedes sin nada.

Andrés.- ¿No te da asco lo que soy ahora? Un hombre influyente, dicen todos. Una voluntad poderosa. ¡Cómo me río si me miro por dentro!

Laurencia.- Sí, me producís una hipnosis que no me conocía. Pero quiero bajarme de allí, volver a ser la que lleva a todas partes este bicho inexplicable. La loca, dicen. La tonta Laurencia.

Andrés.- No hay tiempo para divagues, Laurencia.

Laurencia.- Te queda poco. Martín es implacable.

Andrés.- Yo también puedo serlo. Y lo tengo en mis manos, como él me tiene a mí. ¿Y si nos arruinamos todos juntos, si nos destruimos como fieras? (Pausa) No me dejes solo en un momento así. (Mirando a la Cosa) ¿Por qué sangra el bicho ése? Llévalo rápido al Sanatorio; no se te vaya a disolver.

Laurencia.- Soy yo la que sangro. Me voy a llevar al Sanatorio.

(Sale rápido. Pasa el Pai por el fondo. Se lo ve muy ocupado)

(Cambio de escena. Marisa sola. Tiene un baby-doll negro en la mano)

Marisa.- Marisa la puta. Así se decía antes. Ahora me dirían "Marisa la suelta", la que está explorando una tierra desconocida. (Se prueba el baby-doll por encima del cuerpo) Matás, Marisa querida. Pero los hombres se creen que son ellos los que me voltean a mí. ¡Qué manga de imbéciles!

(Aparece Martín, sombrío)

Marisa.- (Con deliberada desenvoltura) Mi querido esposo, ¿te gusta el baby-doll que me compré?... ¿Querés que me lo ponga para que me lo veas?

Martín.- No juegues, Marisa. Puedo acogotarte.

Marisa.- Qué susto.

Martín.- Estuve revisando despacio las carpetas de Andrés. ¡Pobre diablo! Si salen a luz, lo sacan del Ministerio de los fundillos; y no sé si no termina en la cárcel.

Marisa.- Ah... ¿me estás pidiendo que te proteja?

Martín.- Lo que me importa, mi querida putona, es que Andrés firme esos decretos. Y que después influya sobre...

Marisa.- A mí no me pidas eso. Quiero que Andrés salte de donde está. Que se decida a ser otro hombre. Es decir: un hombre. O sea: que se desprenda de ti.

Martín.- ...Y que se junte contigo. Pero él no puede aceptar tu maratón de ejecutivos. Es más rígido que yo.

Marisa.- ¿Qué paso vas a dar ahora?

Martín.- Ninguno. Le toca mover a él: firmar o no firmar.

Marisa.- ¿Y si no firma?

Martín.- Empieza la guerra. Lo haré caer.

Marisa.- Te hará caer.

Martín.- Veremos. (Pausa)

Marisa.- ¿No sentís un olor extraño en esta casa? Empezó ayer de mañana. Como si se estuviera desparramando suciedad por todos los rincones.

Martín.- ¿No será tu conciencia?... (Pausa) Entonces... ¿te negás a convencerlo de que firme?

Marisa.- Lo pensaré. Puedo tener un argumento de fierro.

Martín.- Tu baby-doll de guerra...

Marisa.- Mi baby-doll de guerra. Pobrecito Andrés. Ahora dejame tranquila: tengo que probármelo a solas, ensayar posiciones y demás. Podría darte un infarto. Hasta luego, esposo mío.

M.- Andate a la mierda. (Sale)

(Pasa el Pai por el fondo. Sigue pareciendo muy atareado. Marisa alcanza a verlo).

Marisa.- Esta casa no es su lugar, señor Pai. Váyase al Africa, a su cueva santa.

(Al quedar sola, Marisa se derrumba. Apoya su cara en las manos y se pone a sollozar).

(Cambio de escena. Andrés en su despacho ministerial. Entra Tipo Hirsuto 2 con unos papeles en la mano. Viste con sobria corrección burocrática).

Tipo Hirsuto 2.- Ya le prepararé los decretos para que los firme, señor Ministro. La señora Marisa volvió a llamar por teléfono.

Andrés.- Tercera vez...?

Tipo Hirsuto 2.- Cuarta. Se enfurece conmigo.

Andrés.- Aguantate. Típica tarea de secretario.

(Sale Tipo Hirsuto 2. Andrés queda un momento absorto. Agarra los decretos y los lee con detenimiento)

Andrés.- Mire si voy a firmar estas barbaridades... Pero si no los firmo, aquél me corta la cabeza.

(Vuelve a quedar pensativo. Entran en silencio Laurencia, Marisa, Martín y el Cura, y toman asiento, expectantes, alrededor de Andrés, que sigue dubitativo. De pronto agarra la lapicera. Duda unos momentos. La vuelve a dejar. En la penumbra ha aparecido Tipo Hirsuto 1. Está envejecido. Tiene el pelo canoso. Se dirige a Andrés)

Tipo Hirsuto 1.- Hijo querido, ¿te acordás que hace tiempo te lo dije?: tenés que ser fiel a ti mismo. Y tú me contestaste...

Andrés.- "Papá, no entiendo eso que me decís. ¿Por qué los adultos no hablan claro? Yo no tengo cincuenta años, papá, como tú; apenas dieciséis. No me vengas con temas difíciles."

Tipo Hirsuto 1.- Pero han pasado más de treinta años, hijo. ¿Tampoco ahora podés entenderme?

Andrés.- ¿Qué es eso de "ser fiel a uno mismo"? ¡Hay cien maneras de ser fiel a uno mismo!

Tipo Hirsuto 1.- Hay una sola, Andresito querido. Ya veo que no supe ser tu maestro.

Andrés.- Hay cien maestros, papá, mil maestros. ¿Qué les podemos contestar? Yo no quiero que te sientas avergonzado de mí.

Tipo Hirsuto 1.- Entonces no firmes esa iniquidad.

Andrés.- Me destrozarán, papá.

Tipo Hirsuto 1.- Pero te preservarás por dentro. Te aseguro que es lo único importante: serte fiel, pase lo que pase.

Andrés.- "Serme fiel"... Palabras, aire volátil. Me estoy volviendo sordo, papá.

(Tipo Hirsuto 1 desaparece en la penumbra. Andrés vacila unos momentos. Ahora ha aparecido borrosamente Tipo Hirsuto 2. Aunque está vestido de varón, se le notará un aire femenino)

Tipo Hirsuto 2.- Escuchame a mí, que soy tu madre. No le hagas caso al tipo ése que tuve por marido. Fue un idealista barato. Te perderás, como le pasó a él. Firmá esos decretos. Hay que vivir, hijo. Sos débil, te hice débil, mi hijo único. Que Dios me perdone. ¿Pero qué va a ser de ti si te destrozan? Firmá, por favor, firmá.

(Se retira borrosamente Tipo Hirsuto 2)

Marisa.- En mi dormitorio empezó a aparecer un humo oscuro. ¿No lo vieron ustedes en otras partes de la casa?...

Laurencia.- Yo vi cruzar como un harapo volando. Como si fuera un murciélago.

Martín.- ¡Basta! Todo está en su sitio. En mi casa jamás hubo intrusos.

(Andrés, con la mayor solemnidad, se pone de pie. Martín, el Cura, Marisa y Laurencia, impresionados, hacen lo mismo. Larga expectativa. Andrés habla con gravedad)

Andrés.- Que nadie piense que gobernar es fácil. El gobernante debe ser flexible, pero rígido; rígido, pero flexible. En el caso concreto de estos decretos, el Ministerio ha decidido que lo mejor es, precisamente, ser rígido, pero flexible; flexible, pero rígido.

Martín.- ¿Otra vez?... Parece que le gustó la frase. ¡Pero cuánto demora en largar prenda!

Cura.- ¡Chisttt!

Andrés.- En resumidas cuentas, señores, este Ministerio ha terminado por decidir, después de largas deliberaciones... que cumplirá con su deber. Buenas tardes. (Desconcierto general)

Martín.- ¡Pero qué quiere decir eso?: ¿firmará o no firmará?

Cura.- No lo apure a mi Obispo. El sabe lo que hace, iluminado sin duda por el Señor.

Martín.- ¡Qué Señor ni Señor! No podemos seguir esperando.

Cura.- Usted, que es tan católico, debe conocer tantísimos episodios de la Historia Universal en que la Iglesia...

Martín.- Serían otras épocas. La nuestra requiere velocidad supersónica, mi amigo: ¡aplstar, antes de que lo aplasten a uno!

Cura.- ¿Pero quién habla de aplstar? Aquí se trata...

Martín.- (Con ojos golosos) Deje de hablar, apreciable Sacerdote. Mire usted lo que estoy mirando yo...

(Andrés acaba de sentarse en su escritorio y ha empezado a firmar los decretos. Martín se avalanza emocionado sobre él y lo abraza con efusión)

Martín.- ¡Socio querido, hermano del alma! Yo sabía que no me ibas a fallar...!

Andrés.- Que Dios nos proteja...

Martín.- Eso tenés que pedírselo al Cura éste. Para eso le pagamos.

Cura.- (Yendo hasta Andrés y besándole la mano) Debo felicitarlo, señor Obispo. Me parece una decisión sensata, muy concorde con las enseñanzas de los Santos Evangelios que...

Martín.- (Volviéndose eufórico hacia Marisa y Laurencia) ¿Y las dos mujercitas, qué dicen?... Bueno, no hay mucho que adivinar: sus caras lo dicen todo...

(Pero las caras de las dos mujeres no expresan nada. No se podrá vislumbrar si aprueban o condenan).

(Cambio de escena. Aparecen los dos Tipos Hirsutos, que están otra vez con melena y barba desprolijas, y casi en harapos).

Tipo Hirsuto 1.- ¿No será mejor que nos mandemos a mudar? No me gusta nada cómo se está poniendo esta casa.

Tipo Hirsuto 2.- Pero aquí, al menos, tenemos trabajo.

Tipo Hirsuto 1.- ¿Qué trabajo? ¿Ser secretario del Ministro? Pero me parece que este Ministro va a durar muy poco. A ver si terminamos presos nosotros también...

Tipo Hirsuto 2.- ¿Y adónde nos iríamos?

Tipo Hirsuto 1.- A morirnos de hambre por ahí. Como hicimos tantas veces.

Tipo Hirsuto 2.- Es injusto: nos estábamos desarrollando tan bien...

Resultamos más inteligentes de lo que nosotros mismos creíamos. ¿Y ahora qué hacemos con todo lo que aprendimos?

Tipo Hirsuto 1.- ¿Y si ponemos una empresa?

Tipo Hirsuto 2.- ¿Nosotros?... ¡Flor de idea! ¿Empresa de qué?

Tipo Hirsuto 1.- Yo qué sé. De algo. La cosa es que sepan que somos empresarios. Si hoy no sos empresario, no existís.

Tipo Hirsuto 2.- ¡Eso! Ejecutivos. ¿Sabés cómo te trae plata ser ejecutivo? ¡Y qué minas!

Tipo Hirsuto 1.- Me gusta la idea. Entonces vamos a reunir enseguida el Directorio. Es decir vos y yo. Cosa de decidir qué empresa ponemos.

Tipo Hirsuto 2.- Y cómo nos repartimos las ganancias. No vaya a ser que terminemos peleados, como hacen siempre los socios de este mundo.

(Se disponen a salir, pero Tipo Hirsuto 1 se detiene)

Tipo Hirsuto 1.- Decime: ¿vos no sentís un olor raro en esta casa?

Tipo Hirsuto 2.- Andá a saber qué será. Por eso digo: mejor nos vamos.

(Los dos olfatean el aire. Luego salen)

(Cambio de escena. Andrés y Martín)

Martín.- ¿Asustado?

Andrés.- ¿Por...?

Martín.- Nos están tirando piedras de todos lados.

Andrés.- Ya lo sabíamos.

Martín.- Hay que esperar que pase la tormenta. (Pausa) ¿Suponés que te van a exigir que renuncies al Ministerio?

Andrés.- Sería un milagro, si no. Con todo lo que se está diciendo... De mí. De ti no se habla.

Martín.- ¿Qué nos importa? Pasada la tormenta, quedamos parados. (Silencio)

Andrés.- ¿Sabés...? Pienso que, cuando pase todo esto, me iré del país. No me va a gustar seguir acá. Voy a quedar muy golpeado.

Martín.- Quedaremos más fuertes que nunca, ¿no te das cuenta? (Pausa. Como estudiándolo, con súbita preocupación) Y en caso de irte... ¿te llevarías a Laurencia?... Pienso que de repente no quiere moverse de aquí. Pero vos te la llevarías lo mismo, me imagino?...

Andrés.- No la puedo obligar.

Martín.- Es tu esposa, ¿no?

Andrés.- ¿A qué viene todo este interrogatorio? ¿Tenés miedo que me vaya con Marisa, que te la robe?... (Pausa) ¿Es que a ti no te importa el enchastre?

Martín.- ¿Qué enchastre? Dentro de un par de semanas, ya ni se habla del asunto.

Andrés.- Pero la gente, la prensa...

Martín.- ¿No conocés este país? Las bocas existen para una sola cosa: para ser tapadas.

Andrés.- Tal vez tengas razón. Sigo siendo el ingenuo de siempre.

(Entra Marisa. Lleva puesto el baby-doll negro. Los mira a los dos. Parece estar algo bebida, pero sin que haya que exagerar este rasgo, que se marcará apenas).

Marisa.- Ah, los dos triunfadores... juntos! Los dos compinches, los dos asesinos secretos... ¿Cómo me encuentran con mi baby-doll? ¿Bastante seductora? ¿O apenas?

(Se pone a bailar provocativamente alrededor de ellos, adoptando poses convencionales).

Martín.- Basta, mujer. Te pasaste de alcohol, me parece.

Marisa.- (Volviéndose a Andrés) ¿Y el señor Ministro? ¿Le comieron la lengua los ratones?

Martín.- El señor Ministro está pensando en irse del país... no bien lo echen.

Marisa.- (Auténticamente sorprendida) ¿Irte del país?... No me habías dicho nada.

Martín.- ¿Y por qué tendría que decírtelo a ti antes que a mí?

Marisa.- (A Andrés) ¿Y adónde te irías, si puede saberse? ¿Creés que Laurencia querrá acompañarte?

Martín.- ¡Qué casualidad!: lo mismo le pregunté yo... Y en la mente me quedó dando vueltas otra pregunta: si Laurencia no te acompañara, ¿te irías solo?

Marisa.- (A Martín) Nuestra sintonía de hoy parece perfecta: yo le hubiera preguntado lo mismo. ¿Y qué te contestó?...

Martín.- Supongo que me habría dado una contestación vaga: que no ha pensado bastante en ese tema. Pero que lo hará. A la brevedad.

Marisa.- ¿O sea que vas a renunciar al Ministerio?

Martín.- No: lo van a renunciar, más bien...

Marisa.- Cuántas novedades. (Silencio. Se ve pasar al Pai por el fondo con un paquete. Marisa se vuelve súbitamente hacia Martín) Mi querido esposo: he venido a invitarte a estrenar contigo mi baby-doll. No irás a desairarme... No te preocupes por Andrés: mi propuesta no va a

escandalizarlo. Vení, vamos al dormitorio. Quiero ver cómo funciona este aparato que me he comprado... para ti.

(Lo toma de la mano y se lo lleva un poco a la fuerza. Salen. Andrés queda solo un momento. Está inquieto. Va hasta el cajón del escritorio y forcejea para abrirlo, pero infructuosamente. Desiste. Vuelve a pasar por el fondo el Pai, llevando una caja. Entra Laurencia, agitada)

Laurencia.- Amor querido, me han dicho que no te ocuparás más de política. ¿Y yo? ¿No pensás en mí? Quiero que lo sepas: me sentía bien desempeñando un cargo público. Me apareció una Laurencia que yo no conocía. Eso es lo bueno de hacerte mujer política. ¿No te ocurrió a ti nada de esto?

Andrés.- Me ocurrió, sí. (Como para sí) Y uno siente que ése que empezó a ser -o éstos, porque son varios- no pueden dejarse perder por nada del mundo...

Laurencia.- ¿Y tú los vas a dejar perder? Si te quedás sin Ministerio...

Andrés.- (Sonríe) Ni se me pasa por la cabeza. Ni tú ni yo dejaremos todo esto, pase lo que pase.

Laurencia.- ¿Prometido?

Andrés.- Prometido.

(Han aparecido Martín y Marisa, los dos solemnes, graves. Marisa viste mangas largas, ningún escote, falda hasta los pies. Parece una monja).

Martín.- (A Andrés) Hay dos señores que piden por mí. ¿Sabés algo de eso?

Andrés.- Nada. La menor idea.

Martín.- (Mirándolo muy fijo) ¿Estás seguro?

Andrés.- ¿Qué me querés decir?

(En ese momento, aparecen dos hombres. Son los Tipos Hirsutos, pero ahora vestidos con sobretodo, lentes negros, sombrero. Están muy serios. Se dirigen primero a Andrés)

Tipo Hirsuto 1.- Perdone, señor Ministro, que lo moleste en su estudio. Pero tenemos una orden que no podemos dejar de cumplir.

Andrés.- ¿Qué son ustedes?

Tipo Hirsuto 2.- Policías. (Mostrándole credenciales) Pertenece al Departamento de...

Andrés.- Está bien. ¿Qué órdenes traen?

Tipo Hirsuto 1.- Venimos a buscar al doctor que nos dicen que es su socio. (Señalando a Martín) El, me supongo...

Andrés.- Así es: mi socio, sí.

Tipo Hirsuto 2.- Lo vamos a tener que llevar con nosotros. La orden es terminante.

Martín.- ¿Pero qué están diciendo? ¿Dónde se vio? ¿Qué orden es ésa?

Tipo Hirsuto 1.- Del juez competente. (Se la entrega) Puede preparar ropa o comida, si quiere.

Martín.- ¡Me tratan como a un delincuente! ¡Esto es inaudito! ¡Vamos, Andrés!: tenés que intervenir. ¿Cómo podés permitir un atropello así? Tú tenés poder para impedir esta barbaridad.

Andrés.- Puedo hablar con el Juez. (Va hacia el teléfono)

Martín.- ¡Ya, enseguida! Y que te explique de qué se me acusa. ¡Nunca vi una cosa igual!

Andrés.- (En el teléfono) Habla el Ministro de... Sí, claro, hombre. Deme con el juez enseguida. (Pausa de espera) Sí, señor Juez. Explíqueme, por favor de qué se trata, cuáles son los cargos... (Escucha en silencio largamente. Al final cuelga el tubo) No puede haber marcha atrás, Martín. Dice tener una documentación que no le deja alternativa.

Martín.- ¿Una documentación...?

Andrés.- Dice que es aplastante.

Martín.- (Empezando a entender) ¿Y no te dijo cómo llegó a sus manos...?

Andrés.- No, no me lo dijo.

Martín.- (Mira a Andrés con creciente desconfianza. Luego, en un arranque, va hasta el escritorio y abre el cajón) ¡Claro!: aquí no hay nada. (Mirándolo fijo a Andrés) Alguien anduvo revolviendo mis papeles...

Andrés.- Ahora será mejor que vayas con los señores. Yo me ocuparé de sacarte enseguida.

Martín.- (Sin dejar de mirarlo fijo) Me duele mucho comprobar esto.

Andrés.- ¿Comprobar? ¿Qué cosa?

Martín.- No me chupo el dedo, Andrés. Acá no hay más que una explicación. Nunca te creí capaz de semejante...

Andrés.- No pierdas los estribos, Martín. Estás ofuscado. No te dejes llevar por...

Martín.- Tarde o temprano me la vas a pagar.

Tipo Hirsuto 1.- (Dirigiéndose a Martín) Vamos, doctor. No podemos demorarnos más. (Abre la trampa del piso y lo hacen bajar entre los dos)

Martín.- (Mientras baja) ¡Traidor! ¡Cobarde! No creas que te la vas a llevar de arriba. ¡Basura!

(Han bajado los tres. Andrés, Marisa y Laurencia han quedado inmóviles)

Marisa.- Excelente jugada, Andrés. Pero te olvidás de que él se quedó

con papeles tuyos que no te favorecen en nada.

Andrés.- ¿Papeles míos? ¿Dónde están? ¿A qué no los encontrás?...

Marisa.- (Entendiendo) ¿Fuiste capaz de...? Me cuesta reconocerte... Qué bien pensado: ahora quedás tú solo en el estudio... ¡Cuánta maestría!

Laurencia.- Pero perdés el Ministerio...

Andrés.- ¿Yo...? ¿Por qué lo habría de perder? A mí no se me puede acusar de nada. Al contrario: gracias a mí, a mi coraje para defender el interés público, los manejos de Martín salieron a luz. ¡Si hasta soy un ejemplo de probidad...!

(Quedan los tres un tanto perturbados. Poco a poco se miran unos a otros, y al final se echan a reír)

Marisa.- No somos un ejemplo de lealtad...

Laurencia.- ¿Lealtad?... ¡Qué pesadez!

Andrés.- La lealtad es la forma más presuntuosa de la pereza. (Ríen. Con animación) Laurencia: andá a buscar una botella de champagne. ¡Esto es para festejar en grande!

(Sale Laurencia, muy contenta. Marisa se acerca indecisa a Andrés)

Marisa.- Te admiro, Andrés. ¡Qué mal te conocía!

Andrés.- ¡Qué mal me conocía yo mismo! (Meditativo) Es inútil: somos esto o aquello, según el lugar donde nos pongan... (Pausa)

Marisa.- ¿Y ahora qué vas a hacer conmigo...? Me refiero a nosotros. Me vas a tirar al tacho de basura...?

Andrés.- (Sonriendo) Según cómo te portes. Si no ponés un freno a tus andanzas... Tengo muy malas pulgas, Marisa.

(Ha vuelto Laurencia con champagne y copas. Se sirven. Beben con alegría)

Andrés.- Mis queridas muchachas: tengo algo que proponerles. Todos estamos demasiado tensos. ¿Por qué no hacemos un viaje?

Marisa.- ¿"Hacemos"? ¿Quiénes?

Andrés.- Los tres, naturalmente. ¿O alguna de ustedes quiere desertar?

Laurencia.- Lo que es yo...

Andrés.- ¿Y tú, Marisa?...

Marisa.- ¿Me obligarás a portarme bien todo el tiempo?

Andrés.- Una vez por semana te doy juego libre...

Marisa.- Me basta. (Ríen) ¿Pero qué opinará Laurencia de este viaje en trío...? (A Laurencia) ¿O en cuarteto? ¿Llevarás contigo al Coso ese?

Laurencia.- A "la" cosa. Porque es mujer. ¡Y bien mujer! Soy yo. (A

Marisa) Sos tú.

Andrés.- Laurencia aceptará, la conozco muy bien. ¿Verdad, mi adorada esposa?...

Laurencia.- Si el señor Ministro me lo manda... ¡Cómo cambia la política a los hombres! Y a las mujeres, no les digo nada! (Ríen los tres)

Andrés.- Pues vamos a empezar el viaje ahora mismo. Primera etapa: el mismísimo dormitorio de Martincito. Lo usaremos los tres juntos. Si tú, Marisa, nos das permiso. A propósito, nena: ¿no te podrías sacar ese horrible traje de monja?

(Marisa se saca el vestido y queda en el baby-doll que tenía debajo. Los tres ríen y celebran, disponiéndose a salir abrazados. Pero en ese momento se abre con fuerza la trampa del sótano. Expectativa de los tres. Al cabo aparece el Religioso, cubierto de mugre. No se puede discernir a qué religión pertenece ahora. Sale del sótano. Trae un arma larga en la mano. Los tres quedan espantados)

Religioso.- No tanto apuro, señores. (Va hacia ellos) Por si no lo saben, les voy a informar lo que ocurre en esta casa. Lo primero que les digo: de esta casa ya no podrán salir. He sellado todas las aberturas. He desconectado luz y teléfonos.

Andrés.- Escuche...

Religioso.- (Corrigiéndolo) "Escuche, señor Dios", si me hace el favor.

Andrés.- (A regañadientes) Escuche, señor Dios. Usted siempre estuvo a nuestro servicio, y...

Religioso.- ¡Nunca jamás!

Andrés.- Nosotros, mi socio y yo, siempre cumplimos con usted.

Religioso.- Pero yo nunca me sometí al capricho de los dos nenes. Yo tenía un pacto con el Señor que... ¡Pero para qué hablar de eso ahora!... Mejor quiero decirles algo que los va a sorprender. Huelan el aire. (Los tres se miran desconcertados) ¡Huélanlo, les digo! (Los tres obedecen) Feo olor ¿no? Hace días que lo venimos oliendo. ¿Saben qué es?... Sí, señores, adivinaron: la casa entera está envenenada. Yo mismo desparramé el gas tóxico por todos los rincones. Y a medida que pasen los días, una especie de niebla letal irá llenando todos los espacios, hasta el final...

Andrés.- (Aterrado) Señor Dios... por favor, dígame cómo podemos hacer para... para arreglar esto... entre amigos...

Religioso.- (Cortándolo de mala manera) ¿Pretendiendo coimear, como siempre...? ¡Y al Señor, nada menos! Pero esta vez pierde el tiempo. (Señalando la trampa del piso) Y ahora háganme el favor: ¡bajen!

Andrés.- (Horrorizado) ¿Qué dice?

Religioso.- Que bajen al sótano. Los tres. La van a pasar muy bien.

(Los tres intentan alguna forma de escapatoria, pero el Religioso les cierra el paso y los amenaza con el arma que traía)

Religioso.- No hagan estupideces. ¡Bajando! Sin demora. Se me acaba la paciencia. Y a las santas arañas también.

(Con mil vacilaciones, resistencias y gemidos, bajan los tres. El Religioso cierra con violencia la trampa, pone una silla encima y se sienta. Queda absorto un momento. Habla mirando hacia arriba)

Religioso.- Aquí estoy, Señor. Yo, el contaminado. Lo he hecho yo en tu lugar, para que tú no te ensuciaras. Tú estás a salvo, resplandeciente como es tu deber. Con toda humildad te pido que limpies el alma de este sirviente tuyo. Quiero quedarme a tu lado, bañándome en el horror de no poder reconocerte.

(Se pone a oler el aire con insistencia creciente. Puede aparecer algo de humo. El Religioso comienza a toser, y lo seguirá haciendo cada vez más, mientras dice el parlamento siguiente. También se empezarán a escuchar golpes acuciantes en el piso)

Religioso.- Salvada sea para siempre tu desconexión... Llévanos hasta lo más bajo de tus alcantarillas... Que nos vayan recubriendo tus arañas sacrosantas... Que todo vuelva a ser igual que siempre: tú allá arriba, como un muerto de lujo; nosotros acá abajo, parecidos a ropas que viven... Y tú, te suplico, apártate de nosotros... protégete de lo que somos... Amén...

(Sobre accesos de tos cada vez más violentos, más humo y golpes desesperados en el piso, irán bajando las luces finales).